



CONQUISTA DE MÉJICO

Nacimiento de Fernando Cortés

Año de 1485, siendo reyes de Castilla y Aragón los católicos don Fernando y doña Isabel, nació Fernando Cortés en Medellín. Su padre se llamó Martín Cortés de Monroy, y su madre doña Catalina Pizarro Altamirano: entrambos eran hidalgos, ca todos estos cuatro linajes Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano son muy antiguos, nobles y honrados. Tenían poca hacienda, empero mucha honra; que raras veces acontece sino en personas de buena vida, y no solamente los honraban sus vecinos por la bondad y cristiandad que conocían en ellos, mas aun ellos mismos se preciaban de ser honrados en todas sus palabras y obras, por donde vinieron á ser muy bienquistos y amados de todos. Ella fué muy honesta, religiosa, recia y escasa; él fué devoto y caritativo. Siguió la guerra cuando mancebo, siendo teniente de una compañía de jinetes por

su pariente Alonso de Hermosa, capitán de Alonso de Monroy, clavero de Alcántara; el cual se quiso hacer maestro de su orden contra la voluntad de la reina, á cuya causa le hizo guerra don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago. Crióse tan enfermo Fernando Cortés, que llegó muchas veces á punto de muerte; mas con una devoción que le hizo María de Esteban, su ama de leche, vecina de Oliva, sanó. La devoción fué echar en suerte los doce apóstoles, y darle por abogado el postrero que saliese, y salió san Pedro, en cuyo nombre se dijeron ciertas misas y oraciones, con las cuales plugo á Dios que sanase. De allí tuvo siempre Cortés por su especial abogado y devoto al glorioso apóstol de Jesucristo san Pedro, y regocijaba cada un año su día en la iglesia y en su casa, donde quiera que se hallase. Á los catorce años de su edad lo enviaron sus padres á estudiar á Salamanca, do estudió dos años, aprendiendo gramática en casa de Francisco Núñez de Valera, que estaba casado con Inés de Paz, hermana de su padre. Volvióse á Medellín harto ó arrepentido de estudiar, ó quizá falto de dineros. Mucho pesó á los padres con su ida, y se enojaron con él porque dejaba el estudio; ca deseaban que aprendiese leyes, facultad rica y de honra entre todas las otras, pues era muy buen ingenio y hábil para toda cosa. Daba y tomaba enojos y ruido en casa de sus padres, ca era bullicioso, altivo, travieso, amigo de armas; por lo cual determinó de irse por ahí adelante. Ofrecíansele dos caminos á la sazón harto á su propósito y á su inclinación: uno era á Nápoles con Gonzalo Hernández de Córdoba, que llamaron el Gran Capitán; el otro á las Indias con Nicolás de Ovando, comendador de Lárez, que iba por gobernador. Pensó cuál de los dos viajes le estaría mejor, y al cabo acordó de pasar á Indias, porque le conocía Ovando y lo llevaría encargado, y porque también se le acodiaba aquel viaje más que el de Nápoles, á causa del mucho oro que de allá traía. Mas entre tanto que Ovando aderezaba su partida y se aprestaba la flota

que tenía de llevar, entró Fernando Cortés una noche á una casa por hablar á una mujer, y andando por una pared de un trascorral mal cimentada, cayó con ella. Al ruido que hizo la pared y las armas y broquel que llevaba, salió un recién casado, que, como le vió caído cerca de su puerta, lo quiso matar, sospechando algo de su mujer; empero una vieja, suegra suya, se lo estorbó. Quedó malo de la caída, recrecióronle cuartanas, que le duraron mucho tiempo; y así, no pudo ir con el gobernador Ovando. Cuando fué sano, determinó de pasar á Italia, según ya lo había primero pensado, y para ir allá echó camino de Valencia; mas no pasó á Italia, sino andúvose á la flor del berro, aunque no sin trabajos y necesidades, cerca de un año. Tornóse á Medellín con determinación de pasar á las Indias: diéronle sus padres la bendición y dineros para ir.

La edad que tenía Cortés cuando pasó á las Indias

Tenía Fernando Cortés diez y nueve años cuando el año de 1504 que Cristo nació, pasó á las Indias, y de tan poca edad se atrevió á ir por sí tan lejos. Hizo su flete y matalotaje en una nao de Alonso Quintero, vecino de Palos de Moguer, que iba en conserva de otras cuatro, con mercadería; las cuales tuvieron próspera navegación de San Lúcar de Barrameda hasta la Gomera, isla de Canarias, donde se proveyeron de refresco y comida suficiente á tan largo camino como llevaban. Alonso Quintero se partió, de codicioso, una noche sin hablar á los compañeros, por llegar antes á Santo Domingo y vender más aína ó más caro sus mercaderías que ellos; pero luego que hizo vela, cargó tanto el tiempo, que le quebró el mástil de la nave; por lo cual le fué forzado tornar á la Gomera, y rogar á los otros lo esperasen, que aún no eran partidos, mientras él

adobaba su mástil. Ellos lo esperaron, y se partieron todos juntos, y caminaron á vista unas de otras gran pedazo de mar. Quintero, que vió el tiempo hecho, se adelantó otra vez de la compañía, poniendo, como de primero, la esperanza de la ganancia en la presteza del camino; y como Francisco Niño de Guelva, que era el piloto, no sabía guiar la nao, llegaron á cabo y á tiempo que no sabían de sí, cuanto mas dónde estaban. Maravillábanse los marineros, estaba triste el piloto, lloraban los pasajeros, y ni sabían el camino hecho ni por hacer. El patrón echaba la culpa al piloto, y el piloto al patrón; ca, según pareció, iban reñidos. Ya en esto se apocaban las viandas y faltaba el agua, ca no bebían sino de la que llovía, y todos se confesaron. Unos maldecían su ventura, otros pedían misericordia, esperando la muerte, que algunos tenían tragada, ó ir á tierra de caribes, donde se comen los hombres. Estando pues en esta tribulación, vino á la nao una paloma el Viernes Santo, ya que se quería poner el sol, y sentóse en la gavia. Todos la tuvieron por buena señal; y como les pareciese milagro, lloraban de placer: unos decían que venía á consolarlos, otros que la tierra estaba cerca; y así, daban gracias á Dios, y enderezaban la nave hacia donde volaba el ave. Desapareció la paloma, y entristecieron mucho; pero no perdieron esperanza de ver presto tierra; y así, luego la misma Pascua descubrieron la isla Española; y Cristobal Zorzo, que guardaba, dijo: «Tierra, tierra;» voz que alegra y consuela los mareantes. Miró el piloto y conoció ser la punta de Samana, y dende á tres ó cuatro días entraron en Santo Domingo, que tan deseado tenían; donde ya estaban muchos días había las otras cuatro naos.

El tiempo que residió Cortés en Santo Domingo

No estaba el gobernador Ovando en la ciudad cuando llegó Cortés á Santo Domingo; mas un secretario suyo, que se llamaba Medina, lo hospedó, é informó del estado de la isla y de lo que debía hacer. Aconsejóle que avecindase allí, y que le darían una caballería, que es un solar para casa, y ciertas tierras para labrar. Cortés, que pensaba llegar y cargar de oro, tuvó en poco aquello, diciendo que más quería ir á recoger oro. Medina le dijo que lo pensase mejor; ca el hallar oro era dicha y trabajo. Volvió el Gobernador, y fué Cortés á besarle las manos y á darle cuenta de su venida y de las cosas de Extremadura, y quedóse allí por lo que Ovando le dijo; y dende á poco se fué á la guerra que hacía Diego Velázquez en Aniguaigua, Buacaiarima y otras provincias que aún no estaban pacíficas, con el alzamiento de Anacoana, una viuda, grande señora. Dióle Ovando ciertos indios en tierra del Daiguao, y la escribanía del ayuntamiento de Azúa, una villa que fundara, donde vivió Cortés cinco ó seis años, y se dió á granjerías. Quiso en este medio tiempo pasar á Veragua, que tenía fama de riquísima, con Diego de Nicuesa, y no pudo, por una postema que se le hizo en la corva derecha, la cual le dió la vida, ó á lo menos le quitó de muchos trabajos y peligros que pasaron los que allá fueron, según en la historia contamos.

Algunas cosas que acontecieron en Cuba á Fernando Cortés

Envió el almirante don Diego Colón, que gobernaba las Indias, á Diego Velázquez que conquistase á Cuba, el año

de 11, y dióle la gente, armas y cosas necesarias. Fernando Cortés fué á la conquista por oficial del tesorero Miguel de Pasamonte, para tener cuenta con los quintos y hacienda del rey; y aun el mismo Diego Velázquez se lo rogó, por ser hábil y diligente. En la repartición que hizo Diego Velázquez después de conquistada la isla, dió á Cortés los indios de Manicarao, en compañía de su cuñado Juan Xuárez. Vivió Cortés en Santiago de Barucoa, que fué la primera población de aquella isla. Crió vacas, ovejas y yeguas; y así, fué el primero que allí tuvo hato y cabaña. Sacó gran cantidad de oro con sus indios, y en breve llegó á ser rico, y puso dos mil castellanos en compañía de Andrés de Duero, que trataba. Tuvo gracia y autoridad con Diego Velázquez para despachar negocios y entender en edificios, como fueron la casa de la fundación y un hospital. Llevó á Cuba Juan Xuárez, natural de Granada, tres ó cuatro hermanas suyas y á su madre, que habían ido á Santo Domingo con la virreina doña María de Toledo, el año de 9, con pensamiento de casarse allá con hombres ricos, ca ellas eran pobres; y aun la una de ellas, que había nombre Catalina, solía decir muy de veras cómo tenía de ser gran señora, ó que lo soñase, ó que se lo dijese algún astrólogo, aunque diz que su madre sabía muchas cosas. Eran las Xuárez bonicas; por lo cual, y por haber allí pocas españolas, las festejaban muchos, y Cortés á la Catalina, y en fin se casó con ella, aunque primero tuvo sobre ello algunas pendencias y estuvo preso; ca no la quería él por mujer, y ella le demandaba la palabra. Diego Velázquez favorecía la por amor de otra su hermana, que tenía ruin fama, y aun él era demasiado mujeril. Acusábanle Baltasar Bermúdez, Juan Xuárez, dos Antonios Velázquez y un Villegas para que se casase con ella; y como le querían mal, dijeron muchos males de él á Diego Velázquez acerca de los negocios que le encargaban, y que trataba con algunas personas cosas nuevas en secreto. Lo cual, aunque no era verdad, llevaba color de ello; porque muchos iban á su

casa, y se quejaban del Diego Velázquez, porque ó no les daba repartimiento de indios, ó se lo diera pequeño. Diego Velázquez creyó esto, con el enojo que de él tenía porque no se casaba con la Catalina Xuárez, y le trató mal de palabras en presencia de muchos, y aun lo echó preso. Cortés, que se vió en el cepo, temió algún proceso con testigos falsos, como suele acontecer en aquellas partes. Quebró el pestillo del candado del cepo, tomó la espada y rodela del alcaide, abrió una ventana, descolgóse por ella, y fuése á la iglesia. Diego Velázquez riñó á Cristóbal de Lagos, diciendo que soltara á Cortés por dineros y soborno, y procuró de sacarlo por engaño de sagrado, y aun por fuerza; mas Cortés entendía las palabras y resistía la fuerza; empero descuidóse un día, y cogieronle paseando delante la puerta de la iglesia, Juan Escudero, alguacil, y otros, y metieronlo en una nave so sota. Entonces favorecían muchos á Cortés, sintiendo pasión en el Gobernador. Cortés, como se vió en la nave, desconfió de su libertad, y tuvo por cierto que lo enviarían á Santo Domingo ó á España. Probó muchas veces á sacar el pie de la cadena, y tanto hizo, que lo sacó, aunque con grandísimo dolor. Trocó luego aquella misma noche sus vestidos con el mozo que lo servía; salió por la bomba sin ser sentido; colóse de presto por un lado del navío al esquife, y fuése con él; mas porque no le siguiesen, soltó el barco de otro navío que allí junto estaba. Era tanta la corriente de Macaguangua, río de Barucoa, que no pudo entrar con el esquife, como remaba solo y cansado, ni aun supo tomar tierra, temiendo ahogarse si trabucaba el barco. Desnudóse, y atóse con un tocador sobre la cabeza ciertas escrituras que tenía, como escribano de ayuntamiento y oficial del tesorero, y que hacían contra Diego Velázquez; echóse á la mar, y salió nadando á tierra. Fué á su casa, habló á Juan Xuárez, y metióse otra vez en la iglesia con armas. Diego Velázquez envió á decir entonces á Cortés que lo pasado fuese pasado, y fuesen amigos como primero, para

ir sobre ciertos isleños que andaban alzados. Cortés se casó con la Catalina Xuárez, porque lo había prometido y por vivir en paz, y no quiso hablar á Diego Velázquez en muchos días. Salió Diego Velázquez con mucha gente contra los alzados, y dijo Cortés á su cuñado Juan Xuárez que le sacase fuera de la ciudad una lanza y ballesta, y él salió de la iglesia en anocheciendo, y tomando la ballesta, se fué con el cuñado á una granja do estaba Diego Velázquez con solos sus criados, que los demás estaban aposentados en un lugar allí cerca, y aún no habían venido todos, como era la primera jornada. Llegó tarde, y á tiempo que miraba Diego Velázquez el libro de la despensa; llamó á la puerta, que abierta estaba, y dijo al que respondió cómo era Cortés, que quería hablar al señor Gobernador, y tras esto entróse dentro. Diego Velázquez temió, por verle armado y á tal hora; rogóle que cenase y descansase sin recelo. Él dijo que no venía sino á saber las quejas que de él tenía, y á satisfacerle y á ser su amigo y servidor. Tocáronse las manos por amigos, y después de muchas pláticas se acostaron juntos en una cama; donde los halló á la mañana Diego de Orellana, que fué á ver al Gobernador y á decirle cómo se había ido Cortés. De esta manera tornó Cortés á la amistad que primero con Diego Velázquez, y se fué con él á la guerra, y después que volvió se pensó ahogar en la mar; ca viniendo de las bocas de Bani, de ver unos pastores é indios que traía en las minas á Barucoa, donde vivía, se le trastornó la canoa de noche á media legua de tierra y con tempestad; mas salió á nado, y á tino de una lumbre de pastores que cenaban junto á la mar: por semejantes peligros y rodeos corren su camino los muy excelentes varones, hasta llegar do les está guardada su buena dicha.

Descubrimiento de la Nueva-España

Francisco Hernández de Córdoba descubrió á Yucatán, según ya contamos en la otra parte, yendo por indios ó á rescatar, en tres navíos que armaron él y Cristóbal Morante y Lope Ochoa de Caicedo, el año de 17. El cual, aunque no trujo sino heridas del descubrimiento, trajo relación cómo aquella tierra era rica de oro y plata, y la gente vestida. Diego Velázquez, que gobernaba la isla de Cuba, envió luego el año siguiente á Juan de Grijalba, su sobrino, con doscientos españoles en cuatro navíos, pensando ganar mucha plata y oro, para las cosas de rescate que enviaba, donde Francisco Hernández decía. Fué pues Juan de Grijalba á Yucatán, peleó con los de Champotón, y salió herido. Entró en el río de Tabasco, que nombran por eso Grijalba, en el cual rescató por cosas de poco valor mucho oro, ropa de algodón y lindas cosas de pluma. Estuvo en San Juan de Ulúa; tomó posesión de aquella tierra por el rey en nombre de Diego Velázquez, y trocó su mercería por piezas de oro, mantas de algodón y plumajes; y si conociera su bondad dicha, poblara en tan rica tierra, como le rogaban sus compañeros, y fuera lo que fué Cortés; mas no era tanto bien para quien no lo conocía; aunque se excusaba él que no iba á poblar, sino á rescatar y descubrir si aquella tierra de Yucatán era isla. También lo dejó por miedo de la mucha gente y gran tierra, viendo que no era isla; ca entonces huían de entrar en Tierra-Firme. Había eso mismo muchos que deseaban á Cuba, como era Pedro de Alvarado, que se perdía por una isleña; y allí procuró de volver con la relación de lo hasta allí sucedido á Diego Velázquez. Corrió la costa de Juan de Grijalba hasta Pánuco, y tornóse á Cuba, rescatando con los naturales oro, pluma y algodón, á pesar de todos los más,

y aun lloraba porque no querían tornar con él: tan de poco era. Tardó cinco meses desde que salió hasta que tornó á la misma isla, y ocho desde que salió de Santiago hasta que volvió á la ciudad, y cuando llegó no le quiso ver Diego Velázquez; que fué su merecido.

El rescate que hubo Juan de Grijalba

Rescató Juan de Grijalba con los indios de Potonchán, de San Juan de Ulúa y de otros lugares de aquella costa tantas y tales cosas, que amaran los de su compañía de quedarse allí, y por tan poco precio, que holgaran de ferriar con ellos cuanto llevaban. Valía más la obra de muchas de ellas que no el material. Hubo, en fin, lo siguiente:

Un idólico de oro, hueco.

Otro idolejo de lo mismo, con cuernos y cabellera, que tenía un sartal al cuello, un moscador en la mano, y una piedrecica por ombligo.

Una como patena de oro delgada, y con algunas piedras engastadas.

Un casquete de oro, con dos cuernos y cabellera negra.

Veintidós arracadas de oro, con cada tres pinjantes de lo mismo.

Otras tantas arracadas de oro, y más chicas.

Cuatro ajorcas de oro muy anchas.

Un escarcelón delgado de oro.

Una sarta de cuentas de oro huecas, y con una rana de ello bien hecha.

Otra sarta de lo mismo con un leoncico de oro.

Un par de cercillos de oro grandes.

Dos aguilicas de oro bien vaciadas.

Un salerillo de oro.

Dos cercillos de oro y turquesas, con cada ocho pinjantes.

Una gargantilla para mujer, de doce piezas, con veinticuatro pinjantes de piedras.

Un collar de oro grande.

Seis collaricos de oro delgados.

Otros siete collares de oro con piedras.

Cuatro cercillos de hoja de oro.

Veinte anzuelos de oro, con que pescaban.

Doce granos de oro, que pesaron cincuenta ducados.

Una trenza de oro.

Planchuelas delgadas de oro.

Una olla de oro.

Un ídolo de oro, hueco y delgado.

Algunas bronchas delgadas de oro.

Nueve cuentas de oro huecas, con su extremo.

Dos sartas de cuentas doradas.

Otra sarta de palo dorado, con cañutillos de oro.

Una tacica de oro, con piedras moradas y veintitrés de otras colores.

Un espejo de dos haces, guarnecido de oro.

Cuatro cascabeles de oro.

Una salerilla delgada de oro.

Un botecico de oro.

Ciertos collarejos de oro, que valian poco, y algunas arracadillas de oro pobres.

Una como manzana de oro hueca.

Cuarenta hachas de oro con mezcla de cobre, que valian hasta dos mil y quinientos ducados.

Todas las piezas que son menester para armar un hombre, de oro delgado.

Una armadura de palo, con hoja de oro y piedrecicas negras.

Un penachuelo de cuero y oro.

Cuatro armaduras de palo para las rodillas, cubiertas de hoja de oro.

Dos escarcelones de madera, con hojas de oro.

Dos rodelas, cubiertas de plumas de muchos colores.

Otras rodelas de oro y pluma.
 Un plumaje grande de colores, con una avecica en medio al natural.
 Un ventalle de oro y pluma.
 Dos moscadores de pluma.
 Dos cantarillos de alabastro, llenos de diversas piedras algo finas, y entre ellas una que valió dos mil ducados.
 Ciertas cuentas de estaño.
 Cinco sartas de cuentas de barro, redondas y cubiertas de hoja de oro muy delgada.
 Ciento treinta cuentas huecas de oro.
 Otros muchos sartales de palo y barro dorado.
 Otras muchas cuentas doradas.
 Unas tijeras de palo dorado.
 Dos máscaras doradas.
 Una máscara de mosaico con oro.
 Cuatro máscaras de madera doradas, de las cuales una tenía dos varas derechas de mosaico, con turquesillas, y otra las orejas de lo mismo, aunque con más oro.
 Otra era mosaico de lo mismo de la nariz arriba, y la otra de los ojos arriba.
 Cuatro platos de palo, cubiertos de hoja de oro.
 Una cabeza de perro, cubierta de piedrecicas.
 Otra cabeza de animal y de piedra, guarnecida de oro, con su corona y cresta y dos pinjantes, que todo era de oro, más delgado.
 Cinco pares de zapatos como esparteñas.
 Tres cueros colorados.
 Siete navajas de pedernal, para sacrificar.
 Dos escudillas pintadas de palo, y un jarro.
 Una ropeta con medias mangas de pluma de colores, muy gentil.
 Uno como peinador, de algodón fino.
 Una manta de pluma grande y fina.
 Muchas mantas de algodón delgadas.
 Otras muchas mantas de algodón groseras.

Dos tocas ó almaizales de buen algodón.
 Muchos pinetes de suave olor.
 Mucho ají y otras frutas.
 Trujo sin esto una mujer que le dieron, y ciertos hombres que tomó; por uno de los cuales le daban lo que pesase de oro, y no lo quiso dar.
 Trujo también nuevas que había amazonas en ciertas islas, y muchos lo creyeron, espantados de las cosas que traía rescatadas por vilísimo precio; ca no le habían costado todas ellas sino seis camisas de lienzo basto.
 Cinco tocadores.
 Tres zaragüelles.
 Cinco servillas de mujer.
 Cinco cintas anchas de cuero, labradas de hiladizo de colores, con sus bolsas y esqueros.
 Muchas bolsillas de badana.
 Muchas agujetas de un herrete y de dos.
 Seis espejos doradillos.
 Cuatro medallas de vidrio.
 Dos mil cuentas verdes de vidrio, que tuvieron por finas.
 Cien sartas de cuentas de muchos colores.
 Veinte peines, que preciaron mucho.
 Seis tijeras, que les agradaron.
 Quince cuchillos, grandes y chicos.
 Mil agujas de coser y dos mil alfileres.
 Ocho alpargatas.
 Unas tenazas y martillo.
 Siete caperuzas de color.
 Tres sayos de colores gironados.
 Un sayo de frisa con su caperuza.
 Un sayo de terciopelo verde traído, con una gorra negra de terciopelo.

La diligencia y gasto que hizo Cortés en armar la flota

Como tardaba Juan de Grijalba más que tardó Francisco Hernández á volver, ó enviar aviso de lo que hacía, despachó Diego Velázquez á Cristóbal de Olid en una carabela, en socorro y á saber de él, encargándole que tornase luego con cartas de Grijalba; empero el Cristóbal de Olid anduvo poco por Yucatán, y sin hallar á Juan de Grijalba se volvió á Cuba, que fué un gran daño para Diego Velázquez y para Grijalba; porque si fuera á San Juan de Ulúa ó más adelante, hiciera por ventura poblar allí á Grijalba; mas él dijo que le convino dar la vuelta por haber perdido las áncoras. Llegó Pedro de Alvarado, después de partido Cristóbal de Olid, con la relación del descubrimiento y con muchas cosas de oro y pluma y algodón, que se habían rescatado; con las cuales, y con lo que dijo de palabra, se holgó y maravilló Diego Velázquez con todos los españoles de Cuba; mas temió la vuelta de Grijalba, porque le decían los enfermos que de allá vinieron, cómo no tenía gana de poblar, y que la tierra y gente era mucha y guerrera, y aun porque desconfiaba de la prudencia y ánimo de su pariente. Así que determinó enviar allá algunas naos con gente y armas y mucha quinquillería, pensando enriquecer por combates y poblar por fuerza. Rogó á Baltasar Bermúdez que fué; y como le pidió tres mil ducados para ir bien armado y proveído, dejóle, diciendo que sería más el gasto, de aquella manera, que no el provecho. Tenía poco estómago para gastar, siendo codicioso, y quería enviar armada á costa ajena, que así había hecho casi la de Grijalba; porque Francis de Montejo puso un navío y mucho bastimento. Y Alonso Hernández Portocarrero, Alonso de Ávila, Diego de Ordás y otros muchos fueron á la costa con Juan de Grijalba. Habló á Fernando Cortés para que armasen ambos

á medias; porque tenía dos mil castellanos de oro en compañía de Andrés de Duero, mercader; y porque era hombre diligente, discreto y esforzado, rogóle que fué con la flota, encareciendo el viaje y negocio. Fernando Cortés, que tenía grande ánimo y deseos, aceptó la compañía y el gasto y la ida, creyendo que no sería mucho la costa; así que se concertaron presto. Enviaron á Juan de Saucedo, que había venido con Alvarado, á sacar una licencia de los frailes Jerónimos, que gobernaban entonces, de poder ir á rescatar para los gastos, y á buscar á Juan de Grijalba, que sin ella no podía nadie rescatar, que es feriar mercería por oro y plata. Fray Luís de Figueroa, fray Alonso de Santo Domingo y fray Bernardino Manzanedo, que eran los gobernadores, dieron la licencia para Fernando Cortés, como capitán y armador, con Diego Velázquez, mandando que fuesen con él un tesorero y un veedor para procurar y tener el quinto del rey, como era de costumbre. Entre tanto que venía la licencia de los gobernadores, comenzó Fernando Cortés de aderezarse para la jornada. Habló á sus amigos y á otros muchos para ver si querían ir con él; y como halló trescientos que fuesen, compró una carabela y un bergantín para con la carabela que trajo Pedro de Alvarado y otro bergantín de Diego Velázquez, y proveyólos de armas, artillería y munición. Compró vino, aceite, habas, garbanzos y otras cosillas. Tomó fiada de Diego Sanz, tendero, una tienda de buhonería, en setecientos pesos de oro. Diego Velázquez le dió mil castellanos de la hacienda de Pánfilo de Narváez, que tenía en poder por su ausencia, diciendo que no tenía blanca suya; y dió á muchos soldados que iban en la flota dineros, con obligación de mancomún ó fianzas. Y capitularon ambos lo que cada uno había de hacer, ante Alonso de Escalante, escribano público y real, y 23 días de Octubre del año de 18. Volvió á Cuba Juan de Grijalba en aquella misma sazón, y hubo con su venida mudanza en Diego Velázquez, ca ni quiso gastar más en la flota que armaba Cortés, ni quisiera que

la acabara de armar. Las causas porque lo hizo, fueron querer enviar por sí á solas aquellas mismas naos de Grijalba; ver el gasto de Cortés y el ánimo con que gastaba; pensar que se le alzaría, como había él hecho al almirante don Diego; oír y creer á Bermúdez y á los Velázquez, que le decían no fiase de él, que era extremeño, mañoso, altivo, amador de honras, y hombre que se vengaría en aquello de lo pasado. El Bermúdez estaba muy arrepentido por no haber tomado aquella empresa cuando le rogaron, sabiendo entonces el grande y hermoso rescate que Grijalba traía, y cuán rica tierra era la nuevamente descubierta. Los Velázquez quisieran, como parientes, ser los capitanes y cabezas de la armada, aunque no eran para ello, según dicen. Pensó también Diego Velázquez que aflojando él, cesaría Cortés; y como procedía en el negocio, echóle á Amador de Lárez, persona muy principal, para que dejase la ida, pues Grijalba era vuelto, y que le pagarían lo gastado. Cortés, entendiendo los pensamientos de Diego Velázquez, dijo á Lárez que no dejaría de ir, siquiera por la vergüenza, ni apartaría compañía. Y si Diego Velázquez quería enviar á otro, armando por sí, que lo hiciese; ca él ya tenía licencia de los padres gobernadores; y así, habló con sus amigos y personas principales, que se aparejaban para la jornada, á ver si le seguirían y favorecerían. Y como sintiese toda amistad y ayuda en ellos, comenzó á buscar dineros; y tomó fiados cuatro mil pesos de oro de Andrés de Duero, Pedro de Jerez, Antonio de Santa Clara, mercaderes y de otros; con los cuales compró dos naos, seis caballos y muchos vestidos. Socorrió á muchos, tomó casa, hizo mesa, y comenzó á ir con armas y mucha compañía; de que muchos murmuraban, diciendo que tenía estado sin señorío. Llegó en esto á Santiago Juan de Grijalba, y no le quiso ver Diego Velázquez, porque se vino de aquella rica tierra; y pesábale que Cortés fuese allá tan pujante; mas no le pudo estorbar la ida, porque todos le seguían, los que allí estaban, como los que venían

con Grijalba; que si lo tentara con rigor, hubiera revuelta en la ciudad, y aun muertes; y como no era parte, disimuló. Todavía mandó que no le diesen vituallas, según muchos dicen. Cortés procuró de salir luego de allí. Publicó que iba por sí, pues era vuelto Grijalba, diciendo á los soldados que no habian de tener qué hacer con Diego Velázquez. Dijoles que se embarcasen con la comida que pudiesen. Tomó á Fernando Alfonso los puercos y carneros que tenía para pesar otro día en la carnicería, dándole una cadena de oro, hechura de abrojos, en pago y para la pena de no dar carne á la ciudad. Y partióse de Santiago de Barucoa á 18 de Noviembre, con más de trescientos españoles, en seis navíos.

Los hombres y navíos que Cortés llevó á la conquista

Salió Cortés de Santiago con muy poco bastimento para los muchos que llevaba y para la navegación, que aún era incierta; y envió luego en saliendo á Pero Xuárez Gallinato de Porra, natural de Sevilla, en una carabela por bastimentos á Jamaica, mandándole ir con los que comprase al cabo de Corrientes ó punta de San Antón, que es lo postrero de la isla hacia poniente; y él fuese con los demás á Macaca. Compró allí trescientas cargas de pan y algunos puercos á Tamayo, que tenía la hacienda del rey. Fué á la Trinidad y compró un navío de Alonso Guillén, y de particulares tres caballos y quinientas cargas de grano. Estando allí tuvo aviso que Juan Núñez Sedeño pasaba con un navío cargado de vituallas de vender á unas minas. Envió á Diego de Ordás en una carabela bien armada, para que lo tomase y llevase á la punta de San Antón. Ordás fué á él y lo tomó en la canal de Jardines, y llevó á do le fué mandado. Y Sedeño y otros se vinieron á la Trinidad con el registro de lo que llevaban, que era cuatro mil arro-

bas de pan, mil y quinientos tocinos y muchas gallinas. Cortés les dió unas lazadas y otras piezas de oro en pago, y un conocimiento, por el cual fué Sedeño á la conquista. Recogió Cortés en la Trinidad cerca de doscientos hombres de los de Grijalba, que estaban y vivían allí y en Matanzas, Carenas y otros lugares. Y enviando los navíos delante, se fué con la gente por tierra á la Habana, que estaba poblada entonces á la parte del sur en la boca del río Onicaxinal. No le quisieron vender allí ningún mantenimiento, por amor de Diego Velázquez, los vecinos; mas Cristóbal de Quesada, que recaudaba los diezmos del Obispo, y un receptor de bulas, le vendieron dos mil tocinos y otras tantas cargas de maíz, yuca y ajas. Basteció con esto la flota razonablemente, y comenzó á repartir la gente y comida por los navíos. Llegaron entonces con una carabela Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Alonso de Ávila, Francisco de Montejo y otros muchos de la compañía de Grijalba, que fueran á hablar con Diego Velázquez. Iba entre ellos un Garnica, con cartas de Diego Velázquez para Cortés, en que le rogaba esperase un poco, que ó iría él ó enviaría á comunicarle algunas cosas que convenían á entrambos; y otras para Diego de Ordás y para otros, donde les rogaba que prendiesen á Cortés. Ordás convidó á Cortés á un banquete en la carabela que llevaba en cargo, pensando llevarle con ella á Santiago; mas Cortés, entendida la trama, fingió al tiempo de la comida que le dolía el estómago, y no fué al convite; y porque no aconteciese algún motín, se entró en su nao. Hizo señal de recoger, como es de costumbre. Mandó que todos fuesen tras él á San Antón, donde todos llegaron presto y con bien. Hizo luego Cortés alarde en Guaniguanigo, y halló quinientos y cincuenta españoles; de los cuales eran marineros los cincuenta. Repartiólos en once compañías, y diólas á los capitanes Alonso de Ávila, Alonso Fernández Portocarrero, Diego de Ordás, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Salceda, Juan de Escalante, Juan Velázquez

de León, Cristóbal de Olid y un Escobar. Él, como general, tomó también una. Hizo tantos capitanes, porque los navíos eran otros once, para que tuviese cada uno de ellos cargo de la gente y del navío. Nombró también por piloto mayor á Antón de Alaminos, que había ido con Francisco Hernández de Córdoba y con Juan de Grijalba. Había también doscientos isleños de Cuba para carga y servicio, ciertos negros y algunas indias, y dieciseis caballos y yeguas. Halló eso mismo cinco mil tocinos y seis mil cargas de maíz, yuca y ajas. Es cada carga dos arrobas, peso que lleva un indio caminando. Muchas gallinas, azúcar, vino, aceite, garbanzos y otras legumbres; gran cantidad de quinquillería, como decir cascabeles, espejos, sartales y cuentas de vidrio, agujas, alfileres, bolsas, agujetas, cintas, corchetes, hebillas, cuchillos, tijeras, tenazas, martillos, hachas de hierro, camisas, tocadores, cofias, gorgueras, zaragüelles y pañizuelos de lienzo; sayos, capotes, calzones, caperuzas de paño; todo lo cual repartió en las naos. Era la nao capitana de cien toneles; otras tres de ochenta y setenta; las demás pequeñas y sin cubierta, y bergantines. La bandera que puso y llevó Cortés esta jornada era de fuegos blancos y azules con una cruz colorada en medio, y al rededor un letrero en latín, que romanizado dice: «Amigos, sigamos la cruz; y nos, si fe tuviéremos en esta señal, venceremos.» Este fué el aparato que Cortés hizo para su jornada. Con tan poco caudal ganó tan gran reino. Tal, y no mayor ni mejor, fué la flota que llevó á tierras extrañas que aún no sabía. Con tan poca compañía venció innumerables indios. Nunca jamás hizo capitán con tan chico ejército tales hazañas, ni alcanzó tantas victorias ni sujetó tamaño imperio. Ningún dinero llevó para pagar aquella gente, antes fué muy adeudado. Y no es menester paga para los españoles que andan en la guerra y conquista de Indias; que si por el suelo lo hubiesen, á otras partes más cerca irían. En las Indias cada uno pretende un estado ó grandes riquezas. Concertada pues y repartida (como

habéis oído) toda la armada, hizo Cortés una breve plática á su gente, que fué de la substancia siguiente.

Oración de Cortés á los soldados

«Cierto está, amigos y compañeros míos, que todo hombre de bien y animoso quiere y procura igualarse por propias obras con los excelentes varones de su tiempo y aun de los pasados. Así es que yo acometo una grande y hermosa hazaña, que será después muy famosa; ca el corazón me da que tenemos de ganar grandes y ricas tierras, muchas gentes nunca vistas, y mayores reinos que los de nuestros reyes. Y cierto, más se extiende el deseo de gloria, que alcanza la vida mortal; al cual apenas basta el mundo todo, cuanto menos uno ni pocos reinos. Aparejado he naves, armas, caballos y los demás pertrechos de guerra; y sin esto hartas vituallas y todo lo al que suele ser necesario y provechoso en las conquistas. Grandes gastos he yo hecho, en que tengo puesta mi hacienda y la de mis amigos. Mas paréceme que cuánto de ella tengo menos, he acrecentado en honra. Hanse de dejar las cosas chicas cuando las grandes se ofrecen. Mucho mayor provecho, según en Dios espero, verná á nuestro rey y nación de esta nuestra armada que de todas las de los otros. Callo cuán agradable será á Dios nuestro Señor, por cuyo amor he de muy buena gana puesto el trabajo y los dineros. Dejaré aparte el peligro de vida y honra que he pasado haciendo esta flota; porque no creáis que pretendo de ella tanto la ganancia quanto el honor; que los buenos más quieren honra que riqueza. Comenzamos guerra justa y buena y de gran fama. Dios poderoso, en cuyo nombre y fe se hace, nos dará victoria; y el tiempo traerá el fin, que de continuo sigue á todo lo que se hace y guía con razón y consejo. Por tanto, otra forma, otro discurso, otra

maña hemos de tener que Córdoba y Grijalba; de la cual no quiero disputar por la estrechura del tiempo, que nos da priesa. Empero allá haremos así como viéremos; y aquí yo os propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos. Pero la virtud no quiere ociosidad; por tanto, si quisiéredes llevar la esperanza por virtud ó la virtud por esperanza; y si no me dejáis, como no dejaré yo á vosotros ni á la ocasión, yo os haré en muy breve espacio de tiempo los más ricos hombres de cuantos jamás acá pasaron, ni cuantos en estas partidas siguieron la guerra. Pocos sois, ya lo veo; mas tales de ánimo, que ningún esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos; que experiencia tenemos cómo siempre Dios ha favorecido en estas tierras á la nación española; y nunca le faltó ni faltará virtud y esfuerzo. Así que id contentos y alegres, y haced igual el suceso que el comienzo.»

La entrada de Cortés en Acuzamil

Con este razonamiento puso Fernando Cortés en sus compañeros gran esperanza de cosas y admiración de su persona. Y tanta gana les tomó de pasar con él á aquellas tierras apenas vistas, que les parecía ir, no á guerra, sino á victoria y presa cierta. Holgó mucho Cortés de ver la gente tan contenta y ganosa de ir con él en aquella jornada; y así, entró luego en su nao capitana, y mandó que todos se embarcasen de presto; y como vió tiempo, hízose á la vela, habiendo primero oído misa y rogado á Dios le guiase aquella mañana, que fué á 18 del mes de Febrero del año de 1519 de la navidad de Jesucristo, redentor del mundo. Estando en la mar, dió nombre á todos los capitanes y pilotos, como se usa; el cual fué de San Pedro apóstol, su abogado. Avisólos que siempre tuviesen ojo á la capitana en que él iba; porque llevaba en ella un gran fa-